

HIELO

Aaron abrió la nevera y sacó una coca-cola y un par de sándwiches de pollo que le había dejado preparado su madre. Los dejó sobre la mesa de la cocina pero antes de sentarse a cenar, volvió a la nevera. Abrió la puerta y dejó que el frío que salía refrescara su pecho. Varias gotas de sudor corrían por su espalda empapando la camiseta. Cogió el vaso que tenía sobre la mesa y lo llenó hasta los topes con cubitos de hielo del dispensador.

Sus padres no iban a estar ese fin de semana. Su hermano mayor iba a casarse a mediados de septiembre en San Diego y había organizado una pequeña fiesta de petición de mano.

Los padres de Aaron habían insistido en que él también tenía que ir pero Aaron se las había arreglado para convencerles de lo contrario. Le había argumentado a su padre que no era buena idea el tener que pedir que le sustituyeran en la gasolinera. Aaron se había buscado ese trabajo para el verano. Había suspendido matemáticas, literatura y física, y tendría que esperar hasta el próximo año para poder realizar las pruebas de selección de alguna universidad. Esto había indignado a su padre, que le había prohibido holgazanear durante todo el verano.

Aaron lo había considerado su premio de fin de curso. Sus padres no estaban y había convencido a Demie para que pasaran juntos la noche del Sábado. Aaron había planeado todo. Cogería la camioneta de su padre y pasarían la noche en la cabaña de

pescadores que éste tenía río arriba. Demie había comentado en casa que iría al cine con sus amigas y que dormiría en casa de Catherine.

Habían quedado en la heladería que había junto al cine a las diez. Aaron cogió las fresas y la botella de Jack Daniel's que había comprado y las puso en la parte trasera de la camioneta.

Cuando entró vio que Demie ya lo estaba esperando sentada en una mesa. Estaba bebiendo un granizado de limón. Aaron pidió una coca-cola con mucho hielo. Ella llevaba puesta la camiseta con cuello de pico que él le había regalado. Aaron dio un trago de su vaso y dejó que uno de los cubitos entrara en su boca. Comenzó a triturarlo con sus muelas, y se permitió fantasear con lo que haría con el cubito mientras miraba a Demie a los ojos. Ella se ruborizó sonrojándose todo su escote.

Quince minutos después dejaban la carretera principal para tomar el camino de tierra que llevaba a la cabaña. Tan sólo estaba a un par de millas más.

Apenas estaban llegando, Aaron frenó en seco la camioneta. No podía creer lo que estaba viendo al borde del camino. Era un iglú.

- ¿Has visto eso? Es un iglú – dijo Demie.
- Pues claro que lo he visto. ¡Por qué te crees que he parado!
- Bajemos a verlo, no puede ser de hielo – añadió Aaron.

Lo primero que hicieron los dos fue poner sus manos sobre el iglú. Estaba tremendamente frío y húmedo. En uno de los laterales había una pequeña abertura a modo de puerta. Demie miró a Aaron y sonrió mientras su escote volvía a ruborizarse. No era necesario que dijera nada. Tenían empapada la espalda de sus camisetas de ir sentados en la camioneta. Por allí no iba a pasar nadie que les molestara. La opción refrescante del iglú era muy tentadora.

El primero en pasar a gatas por la abertura fue Aaron. Demie se arrastró inmediatamente después de él. Desde fuera les había parecido bastante más pequeño. La cavidad circular del iglú era casi tan grande como el salón de su casa y podían estar de pie sin problemas. Tocaron con sus manos la pared interior. Estaba muy fría, bastante más que por fuera, e igual de húmeda. Sorprendentemente no se percibían las uniones de los bloques de hielo que habían notado por fuera. El frío hacía que condensara el vaho de sus bocas.

- Hace mucho frío aquí dentro – dijo Demie. – Quizás sea mejor idea la cabaña finalmente.

Se volvieron para arrastrarse por la abertura pero no estaba. Había desaparecido. No podía ser. Quizás la había cubierto el hielo. Sin decir una palabra ninguno de ellos, se arrodillaron y comenzaron a golpear la pared en busca de la abertura.

Diez minutos después no la habían encontrado. Tenían las manos enrojecidas por el frío y la humedad. Estaban tiritando. El sudor de sus camisetas se había

congelado. Aaron empezó a gritar pidiendo ayuda. Unos minutos después, Demie lo abrazó llorando.

- Déjalo, nadie puede oírnos.

Se sentaron abrazados en el suelo con las espaldas apoyadas contra el iglú. Su ropa se estaba empapando. Aaron se levantó y con sus manos trató de cavar en el hielo un orificio allí donde creía que había estado la abertura. Fue inútil. El hielo estaba muy duro y sus manos cada vez tenían menos movilidad. Apenas fue capaz de hacer un pequeño hueco junto al suelo.

- ¡Quítate los pantalones! – dijo Aaron.

Demie no entendió a Aaron pero él ya se los estaba quitando así que se limitó a imitarle. En aquellas circunstancias a Aaron ya no le parecía que Demie fuera tan sexy. El con sus calzoncillos negros de Calvin Klein y ella con sus braguitas blancas con encaje en el lado izquierdo, los dos tiritando. Sacó su mechero del bolsillo, hizo un atillo con los pantalones y los puso en el pequeño orificio que había hecho. Los prendió fuego pero apenas derritió el hielo. Se consumieron y la pared continuó intacta.

Demie lo abrazó. Ya no lloraba. Su mirada estaba perdida en la pared de hielo. La sentó en el suelo y él se sentó a su lado. Aaron la abrazó y así permanecieron durante largo rato. Tiritando.

No supo cuanto tiempo había pasado. A ratos se despertaba. Demie permanecía a su lado con los ojos cerrados, aunque respirando. Varias veces se durmió y volvió a despertarse, sin saber realmente si era así o estaba soñando.

Finalmente se despertó. Quizás ya se hubiera hecho de día pues parecía que cierta claridad cruzaba la pared de hielo proveniente del exterior. Demie no estaba a su lado. Miró a su alrededor buscándola. No estaba. Lo que sí había era una abertura en la pared junto al suelo. Aaron gateó como un niño hacia ella jadeando por la excitación del momento. Se arrastró por la abertura y salió a otro iglú. No le había llevado fuera al calor de las mañanas de Julio. Tan sólo le había conducido a un segundo iglú.

Allí, en el centro de aquella cárcel de hielo, había un muñeco de nieve casi de su misma estatura. Aaron se acercó a verlo. Algo había en la cara de aquel muñeco que llamó su atención. Al acercarse, Aaron pudo ver la cara de Demie bajo el hielo del muñeco.

Antes de que pudiera volverse para salir de allí, ni siquiera de que pudiera gritar, notó como la nieve cubría sus pies y ascendía por sus piernas.